

LA AFECTIVIDAD MASCULINA O EL VALOR DE LO IMPLÍCITO*

Silberio Sáez Sesma (psicólogo-sexólogo)

Soy consciente de que empezar proponiendo “lo masculino” como “valor” supone una cierta osadía dado, que la representación social de lo masculino está connotada inevitablemente como algo negativo; hablar de valores supone pues partir de una connotación justamente contraria: positiva.

No sé si por mi dotación genética (cromosomas XY), por mis gónadas (testículos), por mis genitales (pene), por mi funcionamiento hormonal (tónico), por mi nombre (de varón), por mi educación, por mi identidad íntima..., pero lo cierto es que soy un hombre. Dicho así suena hasta peyorativo; por que “ser un hombre” tiene connotaciones incluso chulescas en los tiempos que corren.

Sea por lo que sea, las circunstancias me han llevado a ser hombre y sería triste tener que empezar pidiendo disculpas por ello. Reivindico pues el derecho a mi propia identidad; sin que la defensa de lo propio signifique el ataque de lo ajeno.

A lo mejor sólo sea por interés egoísta y de supervivencia (soy hombre), pero me anima el hecho sincero de “reivindicar” (aunque sea a contra-corriente) valores culturalmente considerados masculinos.

De todos modos, y antes de empezar, no estaría de más intentar aclarar desde qué paradigmas parto y desde cuales no (en todo lo referente a los temas hombre-mujer existe más la tendencia a la disputa y la batalla, que a la escucha y al entendimiento):

- Quisiera dejar claro que la defensa de un valor, no significa el menosprecio de otros.
- Entender las propuestas que exponemos, en términos de bipolaridad. Más de esto implica menos de aquello será un error.
- Pretendo introducir un participante con derecho al juego, no niego el derecho a ningún participante ya reconocido.
- Soy consciente de que voy a hacer generalizaciones, pero las hago desde lo social y cultural; las realidades individuales son mucho más diversas y matizadas (pero alguien debe correr el riesgo de generalizar o buscar claves de entendimiento).

Mis claves y argumentaciones se basan en un trabajo cotidiano en educación sexual por un lado y en terapia de pareja por el otro. De ahí provengo y sobre todo ahí quiero llevar mis reflexiones.

Mi intención es proponer un modelo **masculino** de expresividad afectiva. Considero que este modelo se basa en expresiones implícitas, que si no se entienden se malinterpretan como bloqueo afectivo. Algo de lo que se acusa de manera generalizada a los varones.

Expliquémoslo con un paralelismo entre la sexualidad (sobre todo en el aspecto erótico) y la afectividad.

La evolución sexual de la mujer ha llevado a poner en cuestión un modelo de “demanda sexual **masculina**” (explícita y evidente); al menos como modelo a seguir por parte del sexo **femenino** de manera generalizable.

Analizando la evolución histórica de diversas corrientes feministas (lean a Marina Meler), un primer paso fue entender que la asunción del rol **masculino**, dominador socialmente (también en lo sexual), les llevaría a la supuesta liberación.

En esta etapa las mujeres se han visto obligadas (¿auto-obligadas?) a actuar sexualmente como socialmente se supone que lo hacen los hombres tomar la iniciativa, hacer explícito el deseo sexual, entender la variedad de parejas como un síntoma de libertad personal y ausencia de represiones o bloqueos, demandar de manera abierta, exhibición de conquistas... Se extraen las claves de la expresión y conducta erótica de los hombres y se trasladan de manera “automática” a las mujeres.

Es como si se pensase: “Si los hombres no han estado tan sexualmente coartados como las mujeres, la asunción de modos de conducirse y expresarse sexualmente, nos llevarán a una realidad de mayor libertad y menor represión sexual”.

Sin embargo, el tiempo nos ha llevado a una situación bien distinta de la pretendida. Tal vez todo esto no ha hecho sino llevar a muchas mujeres al hastío (por utilizar un término benevolente).

Soy consciente de que generalizo, que no todos los hombres ni mujeres son iguales. Me refiero a las representaciones sociales que del

comportamiento sexual erótico se tiene sobre el hombre y la mujer. De todos modos mi experiencia en Educación y Terapia Sexual me hacen tener la impresión que la generalización que propongo tampoco es tan descabellada (salvando, como en todo, los matices y peculiaridades personales).

Fruto de este hastío, de este “encorsetamiento sexual en lo **masculino**” se llega a un cuestionamiento del mismo y a la búsqueda de nuevas rutas. A grandes rasgos se podría decir que la mujer empieza a construir un nuevo modelo. Modelo que estará lejos del tradicionalmente asignado a las mujeres; pero también lejos de una asunción automática del modelo erótico **masculino**.

Se abandona entonces el modelo **masculino** de demanda y expresión sexual explícita como alternativa válida al rol sexual **femenino** tradicional (pasividad e inexistencia).

Se podría decir que la mujer ha podido llegar a construir un nuevo modelo de expresión sexual. Este nuevo modelo (válido en la actualidad) permite plantear la “demanda sexual” desde lo implícito y no siempre desde lo explícito y evidente.

Sin embargo, esta posibilidad de demanda y expresión implícita será interpretado como un logro y nunca como un bloqueo sexual o incapacidad de expresión de “demanda sexual” por parte de la mujer.

Ejemplo: la seducción, los preliminares al mero coito, el desplegar las estrategias necesarias para sentirse deseadas y deseantes... se han convertido en modos de expresarse sexualmente aunque no se diga explícitamente. Es decir, la sexualidad está más allá de lo que se dice o hace.

Esta evolución “social de la sexualidad de la mujer ha conseguido introducir más actores en escena, donde sólo existía una manera significativa de demandar y expresar sexualidad. La mujer puede tener su propio modelo de expresión sexual, distinto al del varón y no por ello estar en situación de “bloqueo, inferioridad o represión”.

Es más, la lectura que se hace viene a proponer que este modelo enriquece, matiza y complementa la realidad anterior.

Siguiendo este paralelismo, pretendo reivindicar (aunque sé que no es lo políticamente

correcto, ni está de moda) un modelo de afectividad **masculino**.

Creo que hay que atreverse, (aún a costa del enfado de algunas) a decir que el ámbito privado, afectividad, expresión de sentimientos, comunicación íntima... está dominado por las mujeres y sus pautas.

Aún más, el hecho de no compartir esas pautas significa ser un insensible o estar bloqueado afectivamente.

No sólo eso, sino que considero que así como los hombres se niegan a soltar el ámbito público, las mujeres no nos darán de buen grado el ámbito privado. Me niego pues a aceptar eso; y además reivindico un estilo **masculino** de afectividad y sensibilidad más allá del **femenino**.

El hombre blando de los 80 ha fracasado (sólo hay que echar un vistazo a la obra de E. Badinter); porque era un hombre que quería expresarse afectivamente como una mujer; igual que la mujer ha renunciado a ejercer sexualmente de hombre y ha decidido buscar su propia identidad.

Cuando me refiero al modelo **femenino** de expresión afectiva me refiero a mostrar claramente los sentimientos hacia alguien, exteriorizarlo verbalmente, con gestos inequívocamente afectivos (besos, caricias, abrazos...). Vuelvo a insistir en que generalizo.

Este estilo es el que las mujeres han empleado para expresarse afectivamente entre ellas en nuestra sociedad un determinado contacto físico entre mujeres forma parte de lo habitual cuando éstas se expresan e intercambian su afectividad. Este mismo estilo es el que las mujeres emplean con los hombres, dado que es el modelo que conocen y habitualmente usan.

La "explicitud" es pues la pauta de la expresión afectiva en la mujer. Cuestiones como el llanto están mucho más extendidas entre las mujeres que entre los hombres.

Por el contrario los hombres entre ellos nunca se dicen "te quiero", de besarse y abrazarse ya ni les hablo. Aunque con las mujeres esto no es tan marcado: (se les puede decir "te quiero", besar y abrazar) nunca llega a ser tan habitual como lo hace ella hacia él. En un primer análisis podríamos decir que la expresión afectiva en el hombre no parece tan evidente y clara. Podría estar bloqueada (en este primer análisis).

El hombre de los 80, del que hablamos más arriba, tenía que decir "te quiero" para querer, además de abrazar y besar de manera abundante y tierna. También tenía que ser capaz de llorar para sufrir. Había que empezar a demostrar con hechos la ruptura del modelo tradicional de expresión afectiva **masculina**, dinamitando el viejo dicho de "los hombres no lloran". Había que salir del bloqueo afectivo, como las mujeres salieron del bloqueo sexual.

Y, dado que se suponía que los hombres estaban bloqueados afectiva y sentimentalmente, la mejor manera de salir de ahí, sería adoptar el modelo de quien se supone se expresa con más facilidad en el terreno de lo afectivo. De las mujeres por tanto.

Las mujeres han traducido el modelo **masculino** como bloqueo afectivo y emocional en los hombres. Sin embargo, no olvidemos que las mujeres tras diversos avatares y abandono de "copias" de otros modelos fueron capaces de expresar su sexualidad desde lo que no se dice ni se ve explícitamente, y ya nadie las puede acusar de bloqueadas sexuales, sino de funcionar sexualmente de forma "distinta".

Cuando dos hombres que se aprecian se ven, se dan unos manotazos temendos en la espalda, entre ellos se gastan bromas, se dedican a "putearse" con afán... ¿Esto es bloqueo afectivo, o es un modo distinto de expresar la afectividad? ¿Hace falta decirse "te quiero" para querer-se? ¿Es insensibilidad porque no sigue las pautas de la sensibilidad de la mujer? ¿Acaso hoy se entiende que una mujer está bloqueada sexualmente si no se expresa como lo haría un hombre?

Es curioso o cómo las mujeres han conseguido que no haga falta decir nada para expresar su sexualidad. ¿Por qué los hombres tendríamos que decir algo para expresar nuestra afectividad?

Pretendo pues, incluir como válido, dentro del universo de la expresión afectiva, un modelo implícito (que considero más propio de los varones) frente al modelo **femenino** explícito (validado como pauta a seguir) de expresión afectiva.

Sin pretender ser mejor que éste, sino reivindicando su existencia, entre otros modelos. Y lo que es más, plantear (exigir) que por ello no se pueda tachar a los hombres de "bloqueados afectivamente", como tampoco se puede tachar a las mujeres de "bloqueadas sexuales" ante sus expresiones o demandas implícitas.

Joserra Landarroitajaurgi, tras muchas horas de vuelo en el mundo de la pareja, dice sin ningún empalago: "Entre el hombre y la mujer hay un abismo". Mi experiencia clínica me lleva a pensar que la afirmación tal vez no sea tan descabellada.

Es más, yo añadiría "si entre el hombre y la mujer hay un abismo, sólo cabe el encuentro en nuestro salto al vacío".

Si estamos esperando a que el otro sea capaz de saltar hasta aquí o pretendemos nosotros mismos llegar hasta allí, tal vez sólo quepa el "batacazo", que aparte del golpe, nos deje ante la evidencia del encuentro que nunca se llega a dar.

Hablemos de convivencias (heterosexuales, asumo el sesgo), generalidades y tendencias. Si asumimos que los hombres se expresan de manera general: explícitamente en lo sexual e implícitamente en lo afectivo, podríamos concluir que existe una tendencia.

Sin embargo, en toda tendencia existen las inflexiones. Una tendencia no implica la incapacidad absoluta para moverse en "otro" sentido, sino que existe una predisposición o una preferencia hacia una dirección. Ni las mujeres son incapaces de expresarse explícitamente en lo sexual, ni los hombres son incapaces de hacerlo del mismo modo en el terreno afectivo.

Y es aquí donde radica precisamente la posibilidad del encuentro; en el salto al vacío. El hombre sólo se encontrará afectivamente con la mujer que convive, en la medida que sea capaz de abandonar (aunque sea de manera esporádica) la expresión afectiva implícita y trastocarla en expresión afectiva explícita. Sin que esto suponga el abandono o la renuncia a una tendencia "general" de expresividad implícita afectiva.

Dicho en otras palabras. Asumo que mi estilo afectivo es implícito: pero soy capaz de hacerlo explícito en ocasiones. Es decir, no quiero cambiar mi tendencia y elegir otro modelo que considero de la mujer, sino que en ocasiones soy capaz de adoptarlo, sin renunciar al mío como tendencia general propia.

Del mismo modo, la mujer sólo se encontrará afectivamente con el hombre que convive, en la medida en que sea capaz de interpretar el modelo **masculino**. La ausencia de gestos y ver-

balizaciones explícitas y claras en lo afectivo, no deberían ser interpretados (de manera automática al menos) como una incapacidad de expresión afectiva (bloqueo afectivo); menos aún, en casos extremos, como la sospecha de la inexistencia de esos sentimientos (sobre todo hacia ella). Habrá que saber leer lo implícito.

Tal vez les parezca muy optimista; pero creo que el hombre y la mujer nos vamos encontrando en el salto al vacío de nuestra expresión erótica. Los hombres ya no demandan que ellas se expresen sexualmente como ellos. La acusación de bloqueo sexual va siendo arrinconada. A la vez muchas mujeres (sin pretender hacer de ello su modelo o tendencia) son capaces de explicitar sus deseos eróticos bajo los criterios **masculinos**. Sin que ello suponga que las mujeres abandonen su tendencia.

Es mi deseo, y propuesta de trabajo terapéutico (por que no decirlo), que seamos bilingües afectivamente. Pienso en una de las dos lenguas, la vernácula marca mis preferencias, me siento cómodo y la domino. Pero soy capaz de entender el otro idioma. No lo hablo tan bien, pero lo entiendo.

No nos obliguen a pensar en una lengua que no es la vernácula, conformémonos con entender (y a veces hablar o chapurrear) la segunda. Ni que decir tiene que estoy poniendo sobre la mesa que hombres y mujeres hablamos distinto idioma afectivo. No queramos imponer uno sobre otro, aunque uno de ellos haya sido el reinante.

Concluyendo.

Asumo todos los matices que quieran sugerir a mi propuesta reflexiva. (Rosa Abenoza P. E., sugiere añadir un matiz evolutivo: el curso de la convivencia va haciendo que las mujeres lleguen a poder expresar sus deseos eróticos de manera más abierta, sin temor a los posibles costes; así como los hombres van siendo capaces de expresar abiertamente sus sentimientos, sin temor a otros posibles costes).

Añadiríamos al modelo **masculino** y **femenino** de afectividad y sexualidad la variable "evolución" que vendría a completar lo que yo les propongo. Las parejas jóvenes son menos bilingües, por el desconocimiento absoluto del otro idioma; y el curso de la convivencia lleva a la posibilidad de que el bilingüismo se pueda imponer en algunas parejas.

Probablemente el error sea la imposición de modelos, frente a la convivencia o predominancia.

No sólo estoy dispuesto a asumir otros muchos matices, sino que incluso estaría dispuesto a aceptar (aunque no es mi intención previa) una mayor utilidad o validez de un modelo sobre el otro, ni siquiera reivindico la igual valía, estaría dispuesto a asumir incluso su menor valía; lo que reivindico es el derecho a su existencia como posibilidad, como alternativa de expresión afectiva y no como "síntoma" de bloqueo.

No quiero ganar la partida, quiero que nos dejen jugar.

* Este artículo corresponde a la ponencia que con el mismo título fue presentada por Silberio Sáez Sesma en la Mesa Redonda "Hombres y Mujeres cruzando el umbral del tercer milenio", desarrollada en el marco del V Congreso de Sexología de la A.E.P.S. En dicha Mesa Redonda participaron, además, Emilce Diobleischmar, Marcos Sanz, Itziar Cantera, Felicidad Martínez y Manuel Lucas. Dado el interés que despertó esta ponencia y las solicitudes del texto que se han hecho a la organización del Congreso, hemos visto oportuna su inclusión en el B.I.S.



50 años de *El Segundo Sexo*

Simone de Beauvoir, *El Segundo Sexo*. 2 Vol. Cátedra, Universitat de Valencia, Instituto de la Mujer. Colec. Feminismos. N.ºs. 50 y 51. Madrid, 1998.

Para celebrar los 50 años de la publicación en Gallimard de *El Segundo Sexo*, Cátedra ha editado esta obra en la emblemática y simbólica colección *Feminismos*. Los números 50 y 51 de esta colección recogen los célebres dos volúmenes que marcan un hito en la puesta de relieve del hecho de los sexos y que constituyen una referencia inexcusable para todo el feminismo posterior: *Los hechos y los mitos y la experiencia vivida*.

Editado con la ayuda del Instituto de la Mujer, ha sido traducido por Alicia Marto-

rell, quien ha realizado un importante trabajo de elaboración bibliográfica que se incluye al inicio del primer volumen. El prólogo es de María Teresa López Pardina, quien ha dedicado su tesis doctoral a Simone de Beauvoir y que, una vez más, resalta los matices que hacen peculiar el pensamiento de la filósofa francesa con respecto al de Sartre: estos matices giran en torno al concepto clave de *situación* y las posibilidades que desde ahí se abren a la libertad. El sujeto de Beauvoir, sujeto que entronca con la Ilustración, es, sin embargo, no un sujeto absoluto, sino un sujeto situado. Y en esta situación se halla su singularidad y se define su libertad.

Esta edición viene a significar el reconocimiento o licitud en el panorama español de este hito que es *El Segundo Sexo*. A

pesar de que en 1981 Aguilar realizó la segunda edición en lengua castellana¹, la primera, una traducción argentina de 1962 en la editorial bonaerense Siglo XX, ha sido con mucho la más manejada. Ligada a una época de clandestinidad para toda una generación, cuando en nuestro país aún existía la censura, fue obra de trastienda y prohibición. Lo cuidado de esta nueva edición, su apoyo institucional y el marco ideológico en el que se recoge confieren a esta segunda edición española un aire de celebración.

¹ *Obras Completas III*. Traducida del francés por Juan García Puente. Es curioso, por otra parte, que la primera edición española sea en lengua catalana. Se trata de una edición de 1968 prologada por María Aurelia Capmany.

Leer *El Segundo Sexo* en clave sexológica

Editada por primera vez en 1949, cincuenta años más tarde cabe leer esta obra clásica del feminismo del siglo XX siguiendo un hilo conductor poco popular quizá en las aproximaciones a esta obra, pero a nuestro entender. Este hilo conductor se comporta las más de las veces como una suerte de corriente subterránea constante que recorre la obra de inicio a fin. En ciertas ocasiones sale a la luz, sin que llegue a adoptar formalmente la relevancia y la singularidad que sin duda posee en la concepción de los sexos y en la dialéctica de su relación que Simone de Beauvoir desarrolla en esta obra. Me refiero a la sexualidad, como dimensión humana que nos articula radicalmente y que es ineludible si se pretende estudiar qué es ser mujer y su relación dialéctica en su hacerse con referencia a sí misma, a su situación y a ese otro *primer* sexo, que sería el hombre. Pensando en fondo y figura, la sexualidad o, más bien, el hecho sexual humano y su diferenciación en los modos masculino y femenino sería ese particular fondo que impregna *El Segundo Sexo*.

El Segundo Sexo va a moverse en el marco de los *sexos* frente al clásico modelo aristotélico de un *sexo*. Apuntala esa idea que constituye el eje de la sexología como ciencia: el hecho de los sexos. Ahora bien, las reflexiones, ideas y apun-

tes de Simone de Beauvoir se desenvuelven en este medio ideológico, pero sin apropiarse de él. Hablamos de falta de apropiación en el sentido en el que Julián Marías se refiere a lo que es la *posesión efectiva*, es decir, la posesión de un determinado nivel a partir del cual se derivarán las reflexiones o análisis ulteriores. Evidentemente, Simone de Beauvoir no puede tener ese grado de posesión efectiva de la idea de los sexos porque ella misma está contribuyendo de un modo decisivo a la revolución —iniciada ya con la modernidad— que va dando lugar y cuerpo a dicha idea. Así nos explicamos la vigorosa lucha y algunas de las penetrantes preguntas que concretan su búsqueda. Más bien hay en esta filosofía, y por continuar con la terminología de Marías (1980), una *posesión efusiva* del hecho de los sexos, enmarcada en su análisis de la realidad que, coherentemente, se da en el escorzo de la filosofía existencial.

El modelo al que se opone, el modelo que revela sus insuficiencias por la fuerza de la razón, de la evidencia, del sentido común y de la experiencia, no deja de ser el modelo aristotélico. El modelo aristotélico es su referencia e intenta entrar en su lenguaje y en sus premisas para neutralizarlo en su propio campo. Pero esta lucha por sí misma sería un tanto estéril si no la acompañase como en sordina esta otra idea

de *los sexos*, que en numerosas ocasiones a lo largo del texto no es sólo una idea sino una expresión porfiada: *los sexos*.

Un matiz diferente y de otra índole al que venimos comentando es que pretenda analizar y acaso denunciar una relación social jerárquica de subordinación de uno de los sexos al otro, pero esto no hace sino poner en evidencia lo chocante que tal subordinación resulta cuando son dos los sexos y son absolutamente necesarios en su mutua referencia. Más allá de cualquier instrumentalización y de cualquier reducción de orden estrictamente biológico, psíquico o económico, más allá, pues, del lugar que pretendan darle las ciencias biológicas, el psicoanálisis o el materialismo histórico, *la mujer es para el hombre una compañera sexual, una reproductora, un objeto erótico, otro a través del cual él se busca a sí mismo* (pág. 81).

De hecho, el empeño de Simone de Beauvoir será preguntarse por qué la mujer es lo Otro, lo absolutamente Otro, lo inesencial para el varón, cuando, *de hecho*, le es absolutamente necesaria para poder definirse y vivirse a sí mismo como lo Uno esencial. Esto es, al tiempo que define el segundo sexo, se pregunta por qué el segundo sexo no está definido y reconocido, por qué no se reconoce que son dos los sexos. A nuestro juicio, en esta tensión radica la grandeza de la obra.

CARTA A LOS ASOCIADOS

Estimados colegas:

Mi nombre es Nerea Aldekoetxea (Asociado nº 189), y me dirijo a vosotros para solicitar vuestra colaboración en la realización de la **tesina** para la consecución de mi **Postgrado en Sexología**.

El tema que he elegido para la misma es el de los **Teléfonos de Información Sexual** que funcionan hoy en día en todo el Estado, y sería una gran ayuda el que pudiérais aportarme vuestra experiencia en la atención de este servicio, o indicándome centros, asociaciones, instituciones a los que dirigirme para elaborar lo que podría ser una buena guía de recursos en este apartado de los Teléfonos de Información Sexual –que estaría a vuestra disposición—.

Podéis contactar conmigo en el teléfono: 944 24 94 39
en la dirección: Plaza Pío Baroja, 5, 4º B. 48001. Bilbao
por correo electrónico: naldeko@correro.cop.es
o a través del B.I.S.

Muchas gracias por vuestra ayuda.
Un cordial saludo.

LIBROS DE INTERÉS



► LOS CENTROS DE ORIENTACIÓN FAMILIAR EN ESPAÑA

Autor: FERMÍN ROMERO NAVARRO.

Editorial: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas.

Año de Publicación: 1998.

Con motivo de unos cursos de Verano celebrados en La Menéndez Pelayo se gestó esta interesante y curiosa publicación que describe y analiza la situación de los Centros de Orientación Familiar en España.

El libro está estructurado en una introducción, seis capítulos temáticos y dos capítulos de cierre, que son unos interesantes anexos y una bibliografía temática.

En el primer capítulo de carácter introductorio se clarifican algunos términos al uso: orientación familiar, planificación familiar, etc. Justificándose la importancia de estos servicios, habitualmente diocesanos, en las sociedades modernas.

En el segundo capítulo se describen y analizan los Centros de Orientación Familiar de inspiración cristiana, incluyendo objetivos y finalidades, aspectos jurídicos, actividades y servicios, etc. Así mismo se describen datos sobre perfiles de las demandas y los demandantes.

En el tercer capítulo se presentan las Escuelas e Institutos universitarios de estudios sobre familia en España y Europa.

En el cuarto capítulo se describen y analizan las características, estructura y servicios de los Centros de Planificación Familiar en España haciéndose especial hincapié en la situa-

ción de las Comunidades Autónomas con Transferencia en Sanidad.

El quinto capítulo de naturaleza fundamentalmente jurídica recoge las declaraciones internacionales y normativas que regulan estas actividades.

En el sexto capítulo se encuadra todo esto en lo que se llama el Tercer sector o también Entidades No Lucrativas (ENL).

El séptimo capítulo es una colección de anexos casi todos ellos de naturaleza legal así como un listado de COF en España y un protocolo de recogida de datos.

El octavo y último capítulo es una bibliografía temática.

► LA QUINTA LIBERTAD. GUÍA DE MÉTODOS ANTICONCEPTIVOS.

Autora: Pilar Pérez.

Editorial: Pirámide.

Año de Publicación: 1998.

El interés de este pequeño manual de anticoncepción no está tanto en sus contenidos, que son los habituales de un manual de anticoncepción, sino el intento explícito que la autora hace de integrar estos contenidos en el marco de un algo más amplio y contextualizador, en este caso, la ciencia sexológica.

Es un librito de pequeño formato, fácil de leer, con el cual se hace un breve paseo por el presente y futuro de la anticoncepción.